

PIO X

No deja de ser curioso, y sintomático a la vez, el que a todos nuestros lectores pareciera indiscutible que INCUNABLE iba a dedicar un número a la figura de Pío X. A todos, repetimos, parecía natural y obvio que nuestras páginas se hicieran eco de la universal atención que estos días le rodea. Y, efectivamente, no hemos querido faltar a la cita. Hubiese sido imperdonable.

Pío X es "muy nuestro".

Muy nuestro por lo sacerdotal de su figura y de su vida. En todos los detalles, desde aquellos que nos narran de los tiempos de vida parroquial hasta los que le rodearon cuando se sentaba en el más alto trono de la tierra, brilla su carácter sacerdotal. Vivió intensísimamente su sacerdocio. Y trabajó siempre, como recuerda en esta misma página el director nacional de la Unión Apostólica, porque todos los sacerdotes lo viviesen. Casi diríamos que por eso tenemos como no menor homenaje que el que le dedican los que en estas páginas estudian diversos aspectos de su figura, ese montón de cartas, juveniles, nerviosas, impacientes, que en otro lugar del número es portador de una inquietud cada vez más viva por llegar hasta las últimas consecuencias, hasta las más remotas exigencias de nuestro sacerdocio. Complacerá ciertamente a Pío X que se recuerde lo que él hizo por la Eucaristía. Pero no le complacerá menos ver que aquellas ansias y aquel afán suyo por la santidad sacerdotal continúa muy vivo haciendo presa en las almas de los noveles sacerdotes.

Nuestro también por su amable sencillez. No es Pío X figura amiga de largos párrafos, de alardes inauditos de sabiduría... Se limitó siempre a vivir con intensidad sus deberes pastorales. Se santificó en el ejercicio de ellos. Y lo hizo, a lo largo de toda su vida, con una suprema sencillez que embelesa y encanta. Gran lección para los tiempos que hoy corremos, tan amigos de ficciones y exageraciones. Debajo de su figura sencillísima supo encerrar el oro purísimo de su santidad. Y así pregonará desde lo alto de los Altares la urgente necesidad de seguir un camino paralelo, en lugar de ocultar amor propio, comodidad, regalo y otras cosas similares bajo el falso oropel de una huera palabrería hecha de conceptos que ni se vive, ni acaso se sienten.

Con toda humildad, pero con inmensa confianza, le pedimos su bendición. Nos parece que la alcanzaremos, si no por lo conseguido, sí, al menos, por lo que intentamos: llegar a ser como él, sembradores incansables, aunque sencillísimos, de afanes de santidad sacerdotal.

INCUNABLE

incunable

Colegios Mayores Sacerdotales de la Universidad Pontificia de Salamanca

Núm. 31. - Junio 1951. - Redacción: San Pablo, 17. - Administración: Compañía, 3. - Apartado 116

PRECIO DE SUSCRIPCION: 15 PESETAS

NUMERO SUELTO 3 PESETAS



Pío X y la santidad sacerdotal

vitae sanctitae promovenda" escribieron no hace mucho en INCUNABLE bien cortadas plumas. De aquella de Pío X, ¿no sería coyuntura favorable para emborronar unas cuartillitas la de su beatificación?

* * *

¿Qué pretendía el Vicario de Cristo de entonces? Lo decía en el preámbulo de su exhortación: "que los ministros de Dios sean tales cuales deben ser por su cargo". Este es el asunto que, entre otros, le preocupa sobremanera; así lo afirma casi con estas mismas palabras.

Su intento era la renovación del espíritu en el Clero todo, sentando para ello como base solidísima la santidad de vida que requiere nuestra dignidad, santidad que se desprende de nuestro oficio de luz del mundo y de sal de la tierra, de de-

legados de Cristo y de sacrificadores suyos en el altar. De ahí la solicitud de la Iglesia por nuestra santidad, a la que se aplica desde los comienzos de la carrera eclesiástica.

Todo ello exige en el sacerdote un ejercicio de virtud, mediante el cual trabaje por su perfección individual; pero no de tal suerte que se encierre en este cuidado hasta el punto de olvidar que, si ha de ser santo, no lo ha de ser únicamente para sí, sino para los demás, de los que tanto más conseguirá en su ministerio cuanto mayor grado de santidad llegue a alcanzar.

Ya aquí el Papa encarece la aplicación de los medios santificadores: la oración, tan necesaria en nuestra vida; la meditación, que tantas ventajas reporta; la lectura espiri-

(Continúa en la pág. 2.ª)

Camino de la
suprema
glorificación

POR CARLOS CALAF

La próxima beatificación del Papa Pío X que tanto entusiasmo está suscitando en todas partes, pone otra vez en primer plano la agitada cuestión de la santidad sacerdotal. Pero no como un estudio más; ni siquiera para aportar nuevas ideas que ciñan o determinen el carácter de nuestra santidad.

Presenta la cuestión de una manera más sencilla; nos pone ante el hecho consumado de una vida esencialmente sacerdotal que la Santa Madre Iglesia con juicio irrevocable, ratificado con los signos sobrenaturales de los milagros nos presenta como la vida de un sacerdote santo.

Así debemos recibir los sacerdotes la glorificación de este gran siervo de Dios; y de hecho, según las noticias que tenemos, ese es el principal fruto que se busca con las proyectadas peregrinaciones sacerdotales que organizan, entre otros, los sacerdotes adoradores y los de la Unión Apostólica. Y muy especialmente con la semana de estudios sobre ascética y santidad sacerdotal que se ha de celebrar con ese motivo.

No hay duda, en esa semana, aún sin dejar oír su voz, el Supremo Moderador en todas las sesiones será él, el santo Pío X. En las ponencias más o menos eruditas y... pensadas se insistirá en la caridad pastoral, en la unión con el obispo o quizá en la práctica de los consejos al determinar el carácter de nuestra perfección. Y nuevamente se inculcará la necesidad de una reglamentación de vida y de una mayor unión entre todos, con la formación de núcleos o Asociaciones para defensa de nuestro corazón, de nuestra vida interior y apostólica; pero ante los ojos tendremos continuamente la imagen del que tan bien supo realizar ese ideal en las más diversas y ordinarias situaciones de la vida y ministerio sacerdotal. Y para que fuera un modelo más acabado quiso el Señor que pasara por todos los grados de la jerarquía. En efecto, el pequeño seminarista de Riese no recibió otra formación que la que se daba entonces en el seminario de Padua; y por períodos regulares de nueve años fué cuadjutor de Tombolo, párroco de Salzano, canónigo de Trévise, obispo de Mantua y patriarca de Venezia. En Trévise fué además secretario de cámara, director espiritual del seminario y vicario capitular. Es decir, un ejemplo vivo de virtud en todos los ministerios sacerdotales. Como si el Señor, con la exaltación de su fiel siervo al Solio Pontificio, primero, y ahora a los altares, buscara principalmente darnos ese modelo; y que el buen olor de sus virtudes sacerdotales, no quedara restringido en aquellos estrechos cercos donde nacieron y progresaron, sino que se difundiera por todas partes.

Se espera que la representación española sea muy nutrida. Varios Prelados han anunciado su participación y otros muchos sacerdotes se han inscrito en la proyectada peregrinación de la Unión Apostólica. A nosotros nos place consignar un hecho muy significativo y consolador. Ya se han adelantado dos sacerdotes españoles; ya están aquí en Roma; y no lo queramos ver como mera coincidencia. Acaban de ser entregados en la Sagrada Congregación de Ritos los procesos de beatificación de don Manuel Domingo y Sol y de don Andrés Manjón; los dos, sacerdotes seculares y españoles. Esos dos procesos los podemos conside-

(Continúa en la pág. 2.ª)

Por Antonio María PEREZ ORMAZABAL
Director Nacional de la Unión Apostólica

Creemos que a la semblanza del gran Papa de la Eucaristía, del modernismo y de la codificación del Derecho canónico le faltaría un aspecto muy importante, muy nuestro, si no consideráramos su ardiente celo por la santificación del sacerdote.

Aunque sólo nos hubiera legado, como preclaro documento del mismo, aquella su exhortación al Clero católico "Haerent animo", de 4 de agosto de 1908, en el quincuagésimo aniversario de su sacerdocio...

Tras él, otro Pío volvió sobre el tema de nuestra santidad en su luminosa encíclica "Ad catholici sacerdotii", de 20 de diciembre de 1935.

Y ahora, casi a los quince años, viene Su Santidad Pío XII a completar regíamente la obra de los dos Píos, sus venerados antecesores, ofreciéndonos el regalo de un tercer documento: su magistral exhortación "Menti nostrae", de 23 de septiembre del año último, que ha colmado de gozo y de gratitud nuestros corazones sacerdotales.

Sobre esta "adhortatio ad sacerdotium universum de sacerdotibus"